

Emilio Santiago Muíño, Premio Catarata de Ensayo

## “NADIE SABE LO QUE ES EL POSCAPITALISMO”

Se acaba de doctorar en Antropología Social y está muy presente en el activismo social. Es uno de los fundadores del colectivo de investigación y transformación social Rompe el Círculo, que surgió hace diez años en Móstoles. Emilio Santiago Muíño ha ganado el Premio Catarata de Ensayo con el libro *Rutas sin mapa. Horizontes de transición ecosocial* (Catarata). Éste es un libro que no nace en la Universidad, sino en las experiencias prácticas del activismo social, puesto que su autor viene trabajando desde los 16 años en movimientos sociales de signo libertario y anticapitalista en el sentido más amplio. A su juicio, realidades como la crisis de la civilización o el cambio climático obligan a replantear la militancia anticapitalista para proponer soluciones constructivas. El problema, apunta Emilio Santiago Muíño, es que, “tras el fracaso de los intentos socialistas en el siglo XX”, no se sabe lo que es el poscapitalismo.

Por Luis Marchal

**Q**ué hacemos si la sostenibilidad no puede ser una idea genérica? —Hay que situarla en función de los retos de cada momento histórico. Ahora mismo nos encontramos en una situación en la que la sostenibilidad se podría definir como reversión del colapso en marcha. Me parece muy potente enfrentar esta idea a otras concepciones de sostenibilidad más débiles, que al final no enfrentan el colapso, sino que lo posponen o bien lo desplazan a otros lugares del mundo. En el fondo, donde está el nudo gordiano del asunto es en la incompatibilidad que una sociedad sostenible tiene con el crecimiento económico. Para evitar enfrentar ese nudo, estamos asistiendo a la proliferación de todo tipo de eufemismos, como “desarrollo sostenible” o “economía verde”, que no dejan de ser maneras de regatear un problema mucho más social.

—Los fabricantes insisten, por ejemplo, en la eficiencia energética de los nuevos electrodomésticos para cambiarlos y ahorrar energía.

—La eficiencia por sí sola no es una solu-

ción. Desde el siglo XIX, estoy pensando en Jevons, se conoce el famoso efecto rebote de la eficiencia [o paradoja de Jevons]. Si tú haces que algo funcione mejor y no cuestionas la reducción del consumo, la lógica es que paradójicamente se va a consumir más. Eso nos coloca en un horizonte de intervención política que nadie se atreve a afrontar, que es no tanto la cuestión de eficiencia o de tecnología sino de control de la demanda. Tenemos que ser capaces, como sociedad, de controlar la demanda para evitar estos niveles de consumo absolutamente desaforados.

**“La eficiencia por sí sola no es una solución”**

**“Para tener un siglo XXII habitable a escala humana, hace falta un siglo XXI poscapitalista”**

—¿Los políticos están haciendo lo suficiente por este tema?

—En absoluto. Hay un punto ciego respecto a esto y lo podríamos ejemplificar en las jornadas que hubo en febrero de Plan B, en el que la supuesta red alternativa al neoliberalismo en Europa no podía dejar de hablar en términos de crecimiento, de políticas neokeynesianas. Es decir, aquí estamos ante un problema que ni izquierda ni derecha quieren asumir porque cuestionan muy de fondo elementos básicos del paradigma social. La experiencia que hemos tenido alguna gente que en su momento promovimos el manifiesto *Última llamada* es muy clarificadora. ¡Cómo grandes figuras mediáticas de izquierda de este país podían firmar ese manifiesto y a la semana siguiente salir en la televisión diciendo lo contrario a lo que habían firmado! Intentaría leerlo no como una cuestión de debilidades personales o subjetivas sino realmente de cómo la codificación de lo que es posible y no posible en términos políticos en nuestra sociedad pasa sistemáticamente por el crecimiento y, por tanto, por enfrentar el problema de la sostenibilidad de una manera que no deja de ser profundamente parcial e insuficiente.

—En el libro, constantemente usted aborda la transición al postcapitalismo, ¿hacia dónde tenemos que dirigirnos?

—Si lo supiera, no llamaría al libro ‘Rutas sin mapa’. Aquí hay una cuestión fundamental: para que tengamos un siglo XXII habitable a escala humana, hace falta que tengamos un siglo XXI postcapitalista. El dilema es que nadie sabe lo que es el postcapitalismo. Y más tras el fracaso de los intentos socialistas en el siglo XX. Está claro que el postcapitalismo, por ejemplo, seguramente sea un orden social que tenga que tener algún espacio para el mercado, porque se ha demostrado que el mercado, dada la complejidad de nuestras sociedades, es un tipo de relación económica que seguramente tenga que jugar un papel. Está claro que el socialismo no es la estatalización de los medios de producción, pero ahora mismo somos todos hijos de una orfandad, que fue el fracaso del socialismo real. No sólo del socialismo real, sino que ahora mismo estamos asistiendo a esa especie de esterilidad de las soluciones más neokeynesianas, una izquierda que ha intentado plantear un pro-



grama político compatible con el capitalismo. Es una situación de desorientación general. En el libro, más que nada se apuntan intuiciones. Intuiciones porque creo que la labor de desentrañar qué es el postcapitalismo es una suerte del paso del noroeste, como cuando lo buscaban los exploradores en los siglos XVII y XVIII, que nadie sabe dónde está y a lo más que podemos aspirar es a tener pequeñas brújulas que nos indiquen que quizá por ahí haya algún camino.

—Entonces, ¿la socialdemocracia ha fracasado?

—Yo creo que sí. La socialdemocracia tuvo un papel fundamental en un contexto histórico, que fue toda la regulación de posguerra. Además, hay que entender que el capitalismo es una civilización que funciona en base a movimientos pendulares. Tiene fases de regulación, tiene fases de apertura al mercado. Históricamente, se suceden. La socialdemocracia tuvo su momento de éxito para lo que nació, que fue para integrar al mundo del trabajo, tras la segunda posguerra mundial. Y generó las sociedades del bienestar, que tuvieron su momento histórico. Pero, ahora, a lo que estamos asistiendo es a su recapitulación permanente. Hay que

## “Ahora estamos asistiendo a la recapitulación permanente de la socialdemocracia”

entender que no es sólo una cuestión de correlación de fuerzas, aunque importa mucho la correlación de fuerzas. Aunque estuviéramos al borde de un nuevo ciclo nekeynesiano, en el que la socialdemocracia fuese a jugar un papel, ante los retos de los límites del crecimiento, se está mostrando tan torpe y ciega como el neoliberalismo.

—Al principio de la crisis económica parecía que el capitalismo se iba a refundar y no se ha llevado a cabo esa refundación.

—El capitalismo tuvo un amago de quiebra en 2008. No ha hecho más que posponer el golpe y no había enfrente ningún sujeto histórico que le pudiese plantar cara. Curiosamente, aunque el capitalismo es un sistema autocorrectivo, que más de una vez ha demostrado una profunda adaptabilidad y resiliencia en las situaciones, sólo es capaz de corregirse si hay un ente externo que

le presiona para corregirlo. Y esa fuerza social en el 2008 se demostró incapaz. Estamos en un punto como balbuceante y mágico, en el cual se van definiendo cosas. El fenómeno Podemos y cosas parecidas podrían ser una expresión de eso.

—El aumento del consumo está siendo uno de los pilares para salir de la crisis.

—Ése es el drama. El drama es que no funciona si no crece y se autodestruye, a nivel ambiental y ecológico, si la economía crece. Es una especie de pesadilla de la que no sabemos salir. Es profundamente frustrante ver que las salidas que los supuestos partidos críticos con el establishment proponen es la reactivación del consumo, de la demanda interna de los países, cuando eso nos lleva a un callejón ecológico sin salida, al abismo directamente. Además, con el peligro, añadiría yo, de la frustración potencial que eso tiene. En el caso de que estas fuerzas del cambio alcancen el poder, y no logren reactivar la economía de este país, como creo que puede pasar, porque nos enfrentamos a una crisis que ha bloqueado el crecimiento económico tal y como lo conocíamos, el siguiente paso es el fascismo. Porque la frustración social de una sociedad

que espera volver a lo de antes, y que ha depositado sus esperanzas de cambio en gente que ha prometido de alguna manera volver a lo de antes, si no lo puede cumplir, genera un paisaje social muy peligroso. Y estamos cerca de esa situación.

—¿Los nuevos partidos pueden suponer una amenaza por el lado del populismo?

—Son la canalización institucional de una frustración social legítima. Lo que pasa es que desorientada. No puedes pretender que la gente tenga un diagnóstico certero de las cosas de la noche a la mañana. Sí que es importante como tarea política que en este país veamos en poco tiempo, en cuatro o cinco años, un debate social fuerte que esclarezca a qué tipo de crisis nos estamos enfrentando y cuáles son las salidas posibles. Ése me parece que es el verdadero peligro, que las nuevas fuerzas políticas no enfrenten ese debate, que no se hable de límites de crecimiento porque hablando de límites de crecimiento no se ganan las elecciones. Ése es el peligro. El espantajo, el miedo, al populismo es un recurso empleado por la gente que hoy está más cerca del núcleo poder para evitar amenazar sus privilegios. No es una cosa que me asuste en sí misma, sino que me asustan sus derivaciones potenciales ante un diagnóstico de época que creo que es muy desacertado.

—¿Cuáles son las salidas que teníamos que haber tomado ante esto?

—El problema es cuándo las teníamos que haber tomado. El punto de inflexión estuvo en los años 70. Se vivió una toma de con-

## “Hablando de límites de crecimiento no se ganan las elecciones”

ciencia científica de los límites de la expansión industrial. En esa década, se dieron algunos desarrollos tecnológicos asombrosos en el ámbito de la microelectrónica, que es fundamental si queremos pensar en sociedades planificadas de modo no centralizado y no autoritario. Está toda la cuestión de la importancia del informático en el cálculo económico del socialismo. Y hubo un movimiento, el del 68, de contestación social



## Sociedades sostenibles

En ‘Rutas sin mapa’, Emilio Santiago Muñío habla de tres ámbitos de acción, de tres vigas maestras, de tres horizontes de tareas para intentar transitar hacia sociedades sostenibles. La primera es una transformación del metabolismo energético y material. “Es decir, del modo en el que intercambiamos energía y recursos con la biosfera. Este modo tiene que ser transformado; que limite los ciclos de la naturaleza, que no sea lineal sino cíclico, que la ecoeficiencia se trabaje, que volvamos a vivir del sol, que es muy importante, en vez de combustibles fósiles”, aclara. Son cuestiones que tendrían más que ver con todo un horizonte de cambios técnicos.

El segundo ámbito se refiere a todo un horizonte de cambios sociopolíticos, “que fundamentalmente tienen que ver con ser capaces de generar sociedades y economías complejas cuyo eje vertebrador no sea la consecución de beneficios y, por tanto, el crecimiento”. Es lo que se denomina el postcapitalismo. En tercer lugar, expone Emilio Santiago Muñío, “todo un horizonte de cambio cultural que podría resumirse como un debate colectivo y una reelaboración de la noción de lo suficiente”.

fuerte que no sólo exigía la redistribución de la riqueza, sino que además planteaba cuestiones de corte civilizatorio como más profundo. Además, existía el margen con los recursos de la tierra para haber operado una transición ordenada y sistemática. El problema es que hemos perdido 40 años preciosos, en los cuales el neoliberalismo ha ganado la batalla política y la batalla cultural. Ahora mismo, estamos en una situación

## “El neoliberalismo ha ganado la batalla política y la batalla cultural”

tan grave que, más que pensar en una transición ordenada hacia un mundo de economía, hay que pensar en términos de emergencia. Ya no es reversible un cierto grado de deterioro importante de nuestros sistemas sociales. Esto suena muy desesperanzador, pero tampoco se puede engañar a la gente. Lo que estamos viendo y confirmando año tras año son síntomas de este proceso de descomposición en todos los órdenes, desde la geopolítica a otros muchos. Ahora tendríamos que rebajar nuestras expectativas. Es decir, ya quizá no podamos aspirar a sociedades sostenibles en una transición ordenada y limpia, por decirlo con algún adjetivo, sino a un gran golpe y salvar los muebles de la mejor manera posible.

—¿Esto sería a través de un movimiento político y social masivo y rupturista que fuerce a las élites a subordinarse al interés popular?

—Sí, pero ese movimiento social masivo y rupturista tiene además que plantear sus reivindicaciones en unos términos que hoy no se plantean, que son los términos del decrecimiento. Al final, no deja de ser una reinención de la idea de felicidad. Mientras la felicidad siga asociándose a la sociedad de consumo, no se va a dejar de plantear una salida neokeynesiana para retomar la senda del crecimiento. En el libro, menciono la “lujosa pobreza”. Si no somos capaces de convencernos de que una vida buena es posible con un nivel de consumo energético y material inferior, la salida natural es el ecofascismo. ●